

ALIAGA JIMÉNEZ, José Luis y M.^a Pilar BENÍTEZ MARCO (2011): *El Estudio de Filología de Aragón. Historia de una institución y de una época*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” y Diputación Provincial de Zaragoza, 606 págs. [ISBN 978-84-9911-122-3].

El volumen que a continuación se reseña recoge la *vida* de una importante institución aragonesa de las primeras décadas del siglo XX, *El Estudio de Filología Aragonesa* (1915-1925 y 1930-1931), surgido a modo de réplica de otras entidades encargadas de la normalización lingüística que germinaron en el primer tercio del siglo pasado en Cataluña, País Vasco, Galicia, Valencia y Mallorca, pero que ha quedado en el olvido a pesar de la gran labor que ejerció en dicha época.

Los autores, José Luis Aliaga y M.^a Pilar Benítez, rescatan, tal y como se expresa en el subtítulo de la obra, la *Historia de una institución y de una época*: partiendo del análisis de sus *Libros diarios de trabajo* (esto es, las actas donde se registraba su actividad cotidiana), ofrecen una interpretación de los motivos por los cuales el Estudio de Filología Aragonesa (a partir de ahora, citado como EFA) no siguió la evolución de otros organismos afines coetáneos (como el Institut d’Estudis Catalans o la Academia de la Lengua Vasca).

El libro está compuesto por cinco capítulos, cada uno de ellos dedicado a un aspecto relevante que caracteriza la actividad del EFA y de los que seguidamente daremos cuenta. Asimismo, aparecen tres índices en los que se registran los colaboradores del EFA (págs. 105-116), sus visitantes (págs. 117-122) y los asistentes a los cursos que organizó dicha institución (págs. 123-124). Por otro lado, se transcriben los Estatutos que regían el EFA (págs. 125-128), así como los *Libros diarios de trabajo* (un total de ocho tomos; págs. 141-601) donde quedaron reflejados los intereses, actividades varias y vaivenes del día a día de este Estudio de Filología y que resultan una fuente primaria para conocer el porqué de su devenir en la historia de la Dialectología aragonesa.

En el primer capítulo, titulado «El Estudio de Filología Aragonesa en su contexto sociocultural y lingüístico» (págs. 9-23), se sitúa al EFA como una entidad deudora de las ideas de los distintos movimientos de fines del siglo XIX caracterizados por el espíritu de recuperación de las culturas y las lenguas regionales; a partir de estas ideas, se crearon en España distintos organismos que acometieron institucionalmente procesos de normativización y normalización lingüísticas. En el caso del Estudio, sus orígenes se remontan al movimiento de los Juegos Florales (celebrados en los primeros años del siglo XX) y se mantuvo en activo, primeramente, de manera diaria entre 1915 y 1925 y después con menor asiduidad, en 1930 y 1931, gracias fundamentalmente al tesón de su Director, Juan Moneva y Puyol. Sin embargo, el EFA no tuvo la misma suerte que otros centros ya mencionados, como el catalán y el vasco, entre otros, por lo que hoy es «una pieza olvidada por las investigaciones históricas sobre el regionalismo cultural del periodo considerado» (pág. 16), a pesar de la importancia de la empresa que pretendió acometer: la elaboración de un gran *Diccionario aragonés*.

En el segundo apartado del volumen, «La trayectoria institucional del Estudio de Filología de Aragón» (págs. 25-32), Aliaga y Benítez distinguen cuatro etapas en el desarrollo y la evolución de esta entidad: en primer lugar, hablan del «periodo interino» (desde febrero a octubre de 1915), en el que Moneva se planteó los objetivos que cumplir por el EFA y en el que se comienza a pedir colaboración de las diputaciones provinciales; en segundo lugar, se halla la fase de «auge y primeros síntomas de declive» (desde octubre de 1915 a diciembre de 1919), periodo en el que se elige a Moneva como Director y a otros colaboradores, y en el que aparecen los primeros problemas de la institución (en especial, la falta de financiación y la ausencia de sede social fija para el Estudio); en tercer lugar, el EFA llega a una situación de «atonía, ocaso y desaparición» (desde enero de 1920 a noviembre de 1925), que se ve acompañada por las circunstancias políticas de esa época; y, por último, tras unos años de inactividad, el EFA *renace* (desde marzo de 1930 a julio de 1931), ampliando su objeto de análisis y convirtiéndose puntualmente en un «centro multidisciplinar de estudios superiores» (pág. 48): el «Estudio de Filología, Historia, Derecho y Economía» (pág. 47).

La tercera parte de esta obra se titula «La oficina del Estudio de Filología Aragonesa por dentro. Proyectos, labores, resultados» (págs. 55-74) y, por lo tanto, en ella se desarrollan con detenimiento las investigaciones y obras que dicha institución pretendió llevar a cabo. Fundamentalmente, el EFA se centró en tres: en primer lugar, la elaboración del *Diccionario aragonés*, iniciativa ya planteada en los Juegos Florales, que contó con la participación ciudadana a través de llamamientos realizados desde los Boletines Oficiales de Aragón; en segundo, la preparación del *Vocabulario de Aragón* por iniciativa individual del Director del EFA, Juan Moneva y Puyol, que resultó ser un compendio de lo que iba a ser el *Diccionario*; y, por último, la recopilación de un *Cancionero aragonés*, que fue, tras el *Diccionario*, el segundo objetivo del EFA, si bien contó con una menor participación ciudadana en su recolección de voces.

En la cuarta parte del trabajo, dedicada a «Las lenguas de Aragón en el Estudio de Filología de Aragón» (págs. 75-90), Aliaga y Benítez observan que el EFA evitó un pronunciamiento sobre el panorama sociolingüístico de Aragón, puesto que en la recopilación de vocablos para el *Diccionario aragonés* se tuvieron en cuenta voces procedentes de cualquier punto de la geografía aragonesa, de acuerdo con un ideal de «lexicografía *panaragonesa* y *mancomunada*» (pág. 87). En este sentido, el EFA se aplicó sobre todo a tareas de documentación léxica y toponímica, pero permaneció ajeno a cualquier tipo de actuaciones de lo que hoy denominaríamos *planificación lingüística*.

Por último, esta investigación concluye con unas páginas dedicadas a «La participación de las mujeres en el Estudio de Filología de Aragón» (págs. 91-99). Esta cuestión no es baladí si recordamos que, entre otras figuras femeninas, la gran lexicógrafa aragonesa María Moliner comenzó su formación en materia de diccionarios en el seno de este Estudio de Filología. Y junto a ella, Áurea Javierre Mur, reconocida historiadora de gran notoriedad en cuanto a sus estudios dedicados a la época medieval.

En conclusión, este libro ofrece una panorámica crítica de la actividad llevada a cabo por una institución cuyo dinamismo inicial se vio truncado por el devenir de la historia, pero que puede servir de modelo de referencia para futuros proyectos de investigación de las lenguas de Aragón: el Estudio de Filología de Aragón.

DEMELSA ORTIZ CRUZ
Universidad de Zaragoza

RECIBIDO: 31/08/2012
ACEPTADO: 9/09/2012